



*Prakash Loungani* traza una semblanza de **Dani Rodrik**, el profesor de Harvard cuyas advertencias acerca de las desventajas de la globalización resultaron premonitorias

## Rebelde con causa

**E**L TRIUNFO de los mercados sobre el Estado parecía estar casi completo a comienzos de los años noventa. El colapso de la Unión Soviética y la caída del Muro de Berlín habían desacreditado el papel del Estado en dirigir la vida económica y política de los ciudadanos. El politólogo Francis Fukuyama proclamó en 1992 que, debido a la expansión de la democracia y el capitalismo en todo el mundo, la historia se volvería en adelante un tema algo “aburrido”. Entre los economistas, los mercados —ya objeto de una consideración bastante alta— adquirieron mayor estima. Prominentes economistas de inclinación izquierdista como Larry Summers admitieron sentir una “reticente admiración” por defensores de la propagación mundial del libre mercado como Milton Friedman.

Pero el economista de Harvard Dani Rodrik se rehusó a unirse a la movida y advirtió que la globalización —el proceso de integración económica de las naciones a través del comercio y las finanzas— podría haber llegado demasiado

lejos. En una monografía de 1997, afirmó que existía “un enorme abismo” entre la visión banalmente optimista de la globalización que sostenían los economistas y el “instinto visceral de muchos legos” de resistirse a ella. En Estados Unidos, observó, “un prominente republicano”, Pat Buchanan, acababa de hacer “una vigorosa campaña presidencial basada en el nacionalismo económico, prometiendo erigir barreras comerciales y restricciones más estrictas a la inmigración” (temas impulsados dos décadas más tarde por el republicano Donald Trump en su campaña por la candidatura presidencial de 2016).

Las advertencias de Rodrik respecto a que los beneficios del libre comercio eran más aparentes para los economistas que para los demás resultaron premonitorias. Su escepticismo acerca de los beneficios de la libre circulación de capital entre las naciones forma hoy parte de la sabiduría convencional. Su exitoso ataque a las políticas del Consenso de Washington para generar crecimiento económico ha hecho

que los gobiernos y organismos internacionales como el FMI y el Banco Mundial admitieran que existen muchas recetas de políticas capaces de generar crecimiento. Que la frase “no existe una fórmula única” sea hoy un cliché se debe en gran medida a la influencia de la labor de Rodrik.

“No comprendíamos cuánta razón tenía”, dice David Wessel, un ex columnista económico del *Wall Street Journal* que actualmente se desempeña en la Brookings Institution.

### Dentro de la torre de marfil

La mayor parte de la vida profesional de Rodrik ha transcurrido dentro de las más prestigiosas universidades de Estados Unidos. Obtuvo una licenciatura en Harvard y títulos de maestría y doctorado en Princeton, seguidos de una carrera docente en Harvard y Columbia.

Pudo llegar desde Turquía, su país natal, a Harvard debido al éxito de su padre en los negocios. Como muchos otros países en la década de 1970, Turquía siguió una política de sustitución de importaciones, imponiendo aranceles para no dejar entrar productos importados y sustituirlos por productos nacionales. Gracias a esas barreras, la empresa fabricante de bolígrafos de su padre fue lo suficientemente exitosa como para que Rodrik pudiera pensar en estudiar en Estados Unidos. “Soy producto de la sustitución de importaciones”, ha dicho Rodrik.

En su solicitud de admisión a Harvard, escribió que deseaba especializarse en ingeniería eléctrica, sin saber que la universidad no ofrecía entonces ese programa. No obstante, según ha escrito luego, logró entrar porque un miembro del comité de admisión “vislumbró alguna luz de esperanza” en su solicitud y pudo vencer “las denodadas objeciones de otros integrantes del comité”.

Poco después de llegar a Harvard en 1975, decidió estudiar ciencias políticas, con una especialización secundaria en economía “por insistencia” de su padre, quien, según dice, “aún tenía esperanzas de que yo fuera a la escuela de negocios e hiciera algo útil en la vida”. En su último año de estudios en Harvard, todavía “confundido acerca de sus objetivos de carrera”, se presentó a seis diferentes programas de postgrado, algunos en economía y negocios, otros en ciencias políticas y en relaciones internacionales. Eligió una maestría en políticas públicas en la Escuela Woodrow Wilson de Princeton y “la pasó muy bien”, pero se dio cuenta de que había “simplemente postergado la decisión” de hacer una carrera en economía o en ciencia política.

Recuerda bien “lo que resolvió la cuestión”. Un día recogió de la biblioteca copias de las publicaciones emblemáticas de esas dos disciplinas, *American Political Science Review* y *American Economic Review*. La primera estaba “escrita en inglés, la otra en griego”, es decir, con abundantes referencias a las ecuaciones matemáticas preferidas por los economistas. Dice haber comprendido que “si hacía un doctorado en economía, podría leer ambas revistas, pero si lo hacía en ciencias políticas, le estaría diciendo adiós a la economía. Esa fue mi epifanía”.

Fue admitido al departamento de economía de Princeton en 1982, un año después de presentada su solicitud inicial, “más por compasión que por convicción”, escribió. Un miembro del cuerpo docente de Princeton, Peter Kenen, “fue, por sí solo, responsable de mi admisión”. Algunos miembros del comité de admisión tenían reparos acerca de las destrezas matemáticas de

Rodrik, pero Kenen, con quien aquél había tomado un curso durante la maestría, los convenció de darle una oportunidad.

En Princeton, escribió su tesis doctoral bajo la dirección del destacado economista Avinash Dixit (véase “El juego y su genio” en la edición de diciembre de 2010 de *F&D*). “Jamás he conocido a alguien que piense con mayor claridad que él”, ha dicho Rodrik. “Nunca he escrito un documento sin pensar: ¿Qué opinará Dixit sobre esto?”.

El primer trabajo de Rodrik fue en la Escuela de Gobierno John F. Kennedy de la Universidad de Harvard, en 1985. Excepto breves temporadas en Columbia entre 1992 y 1996 y, últimamente, en el Instituto de Estudios Avanzados en Princeton, Nueva Jersey, ha estado en Harvard durante los últimos tres decenios. Es desde las alturas de esta torre de marfil que Rodrik lanzó los ataques que cambiaron las ideas de su profesión y contribuyeron a su renombre.

### Desafiando al comercio

Que el libre comercio genera beneficios es una creencia fundamental de los economistas. Según la teoría del comercio, si los países se especializan en hacer algunos productos y luego intercambian algunos de ellos mediante importaciones y exportaciones, terminan siendo más ricos que si cada país actuara por sí solo. Pero hay una trampa. Cuando Estados Unidos decide especializarse en producir películas de Hollywood en lugar de tejidos, sus trabajadores textiles saldrán perdiendo. No hay que preocuparse, responden los teóricos del comercio, nuestro análisis muestra que los beneficios para los productores de Hollywood serán suficientes como para compensar las pérdidas de los trabajadores textiles.

En la práctica, sin embargo, los perdedores rara vez participan en los beneficios de los ganadores (redistribución, en la jerga económica). Rodrik dice que “hasta el día de hoy, en la profesión hay una tendencia a exagerar” los beneficios del comercio mientras se hacen meras declaraciones acerca de la necesidad de la redistribución. Pero la teoría del comercio muestra que “cuanto mayores son los beneficios netos, tanto mayor es la redistribución”.

En esa monografía de 1997, “Has Globalization Gone Too Far?” —donde se pregunta si la globalización ha ido demasiado lejos— Rodrik señaló la omisión de promover seriamente la distribución como causa de la brecha existente entre los economistas y los legos en su actitud hacia el comercio.

Y esbozó varias otras tensiones creadas por el comercio. Rodrik escribió que el comercio “está exponiendo una profunda línea de fractura entre grupos que tienen las habilidades y la capacidad de prosperar en los mercados mundiales” y los que carecen de ellas. Sin reentrenamiento o educación, sería comprensible que estos últimos se opusieran al libre comercio. Rodrik también hizo hincapié en que el comercio “transforma fundamentalmente la relación de empleo”. Si los trabajadores pueden ser reemplazados más fácilmente entre sí a través de las fronteras, “sufren una mayor inestabilidad de sus ingresos [y] se erosiona su poder de negociación”. El comercio también podría “socavar las normas implícitas” en la producción nacional, por ejemplo, si el trabajo infantil de un productor extranjero desplazara a los trabajadores de Estados Unidos.

La monografía fue publicada por el Instituto de Economía Internacional —ahora el Instituto Peterson— y se ha convertido en uno de los libros más vendidos de ese centro de estudios. El director fundador del instituto, C. Fred Bergsten (véase “Un mundialista estadounidense”, en la edición de marzo de 2012 de *F&D*), dice que sugirió el título de la monografía “en lugar del más largo y técnico elegido por Dani”. Pero Bergsten hizo algo más: también convenció a su junta consultiva de que la monografía merecía publicarse.

Rodrik dice que Bergsten merece crédito por apoyar su causa cuando muchos otros eran renuentes. Pero también da crédito a una institución de la que probablemente no lo hubiera esperado: el FMI. “A través de los años me ha sorprendido bastante la asistencia que he recibido del FMI”, donde escribió parte de la monografía siendo un investigador visitante en 1995–96. El FMI “no es precisamente el lugar donde uno pensaría que las ideas del libro necesariamente se habrían originado”.

### Controles de capitales

En octubre de 1997, en sus Reuniones Anuales celebradas en la RAE de Hong Kong, el FMI expuso sus argumentos por los cuales los países deberían no solo *bajar las restricciones al comercio* sino también avanzar en *flexibilizar las restricciones sobre el movimiento de capitales a través de las fronteras nacionales*. Los economistas se refieren a lo primero como liberalización de la cuenta corriente (o convertibilidad) y a lo segundo como liberalización de la cuenta de capital o globalización financiera. El FMI pidió a sus países miembros que modificaran el Convenio Constitutivo de la institución para otorgarle la facultad de monitorear el avance hacia la convertibilidad de la cuenta de capital.

En ese momento, varias economías de Asia estaban sumidas en una crisis financiera que muchos atribuían a la decisión de haberse abierto a los flujos de capital extranjero. Aunque en este contexto el pedido del FMI resultaba inoportuno, el entonces Primer Subdirector Gerente Stanley Fischer avanzó resueltamente, diciendo que la liberalización de la cuenta de capital era “un paso inevitable en el camino del desarrollo, que no puede evitarse y que debería ser apoyado” y que asegura que “los residentes y los gobiernos puedan tomar y otorgar préstamos en condiciones favorables, y los mercados financieros nacionales se vuelvan más eficientes como resultado de la introducción de tecnologías avanzadas, determinando una mejor asignación tanto del ahorro como de la inversión”.

Junto con Jagdish Bhagwati, un paladín del libre comercio, y el ganador del Premio Nobel Joseph Stiglitz, Rodrik se pronunció contra esta globalización financiera. Rodrik sostuvo que los beneficios mencionados por Fischer palidecían en comparación con los riesgos de una mayor volatilidad generada por la entrada y salida de capital extranjero. “Los ciclos de auge y caída no son un mero espectáculo secundario o un leve defecto de los flujos de capital internacionales; son la historia principal”, expresó.

Rodrik era también escéptico acerca de los beneficios del desplazamiento del capital de largo plazo hacia los países que más lo necesitaban. Abogó en contra de la insistencia del FMI respecto a que las cuentas de capital podrían liberalizarse “de forma ordenada y con el respaldo de una mayor regulación prudencial de las prácticas financieras”, que, según dijo, ocurrían más en los

manuales que en el mundo real. “Consagrar la convertibilidad de la cuenta de capital en el Convenio Constitutivo del FMI es una idea para la cual aún no ha llegado la hora”, concluyó. “No tenemos evidencia de que resolverá alguno de nuestros problemas, pero sí motivos para pensar que los podría agravar”.

Por cierto, dos décadas más tarde, el momento para la liberalización de la cuenta de capital aún no ha llegado. Según los datos, sus beneficios son difíciles de determinar, mientras que sus costos han sido innegables. En 2006, un importante estudio del cual fue coautor el entonces Economista Jefe del FMI Kenneth Rogoff encontró escasa evidencia de un mejor desempeño económico después de que un país se abre a los flujos de capital. En otro estudio se observó que el capital extranjero aumenta la volatilidad en las economías en desarrollo. Quien sucedió a Rogoff en ese cargo, Raghuram Rajan, mostró que los países que crecen rápidamente dependen menos, no más, del capital extranjero. En 2009, el mismo Rodrik escribió en *IMF Staff Papers*, que “más, no es necesariamente mejor” en materia de flujos de capital extranjero; “dependiendo del contexto y del país, la función apropiada de las políticas será tanto frenar la marea de entradas de capital, como alentarlas” (recuadro 1).

### Matando al Consenso

En 1989 John Williamson, del Instituto de Economía Internacional, reunió una lista de 10 medidas de política que a su entender resumían el consenso entre los principales organismos internacionales acerca de lo que los países deberían hacer para impulsar el crecimiento. La expresión “Consenso de Washington” —a veces también “agenda neoliberal”— ha pasado a representar una orientación general hacia soluciones basadas en el mercado para generar crecimiento.

Rodrik piensa que “cuando comencé a criticar el Consenso de Washington, estaba haciendo lo obvio”. En una serie de

#### Recuadro 1

#### Regulación financiera mundial: Menos es más

La reciente crisis financiera mundial destacó con crudeza los efectos de los flujos internacionales de capital y desencadenó reclamos en pro de un mejor sistema de regulación financiera mundial. Como era de prever, Dani Rodrik representa una solitaria voz opositora, al escribir que “la regulación financiera mundial no es factible, ni prudente, ni deseable” (*The Economist*, 12 de marzo de 2009). Sostiene que las modalidades adecuadas de regulación financiera difieren según los países y dependen en parte de la forma en que estos valoren la estabilidad financiera frente a la innovación financiera. La responsabilidad de regular el apalancamiento, fijar normas de capital y supervisar los mercados financieros debería “ser directamente un asunto de incumbencia nacional”. Las empresas financieras internacionales deberían tener que cumplir con esos requisitos nacionales, de la misma manera que los fabricantes internacionales cumplen con las normas de seguridad de los productos que rigen en cada país. “La economía mundial será mucho más estable y próspera con el agregado de un delgado barniz de cooperación internacional a un conjunto de regulaciones nacionales sólidas que con intentos de construir un ambicioso marco de regulación y supervisión a nivel mundial”.

documentos y libros escritos durante las décadas de 1990 y 2000, expuso tres argumentos contra el Consenso. Primero, a menudo el crecimiento ocurrió como resultado de “soluciones eclécticas” que combinaban el papel del mercado y del gobierno. Segundo, a menudo el crecimiento fue impulsado por uno o unos pocos cambios y no exigió una “lista exhaustiva” de reformas. Tercero, hay muchas vías para llegar al crecimiento, no un único conjunto de instituciones y reformas.

Rodrik citó numerosos ejemplos de industrias exitosas en muchos países que se basaron en una combinación del funcionamiento del mercado y de apoyo estatal. “Costa Rica no es un lugar natural para fabricar semiconductores”, señaló, pero el gobierno “logró que Intel entrara e hiciera precisamente eso”. Sostuvo que los antecedentes históricos no sustentan las afirmaciones de que el gobierno no puede escoger a los ganadores: “cuando los economistas dicen [esto], en realidad, en su mayor parte, están haciendo ciencia política amateur”.

Basándose en estudios de casos detallados hechos por otros expertos, Rodrik también dio ejemplos de “qué poco se requiere para que los países experimenten un crecimiento rápido y repentino”. En Mauricio, fue la creación de una zona de procesamiento de exportaciones; en China, la introducción del sistema de responsabilidad de los hogares y un régimen dual de precios; en India, un cambio en la actitud del gobierno, desde una hostilidad extrema al apoyo al espíritu empresarial. Por lo tanto, las transiciones hacia un mayor crecimiento no exigieron un largo listado de medidas. Los países podían impulsar el crecimiento identificando “los obstáculos limitantes” al crecimiento y superándolos mediante “intervenciones bien diseñadas pero relativamente menores” (recuadro 2).

Los estudios de casos también mostraron que había “muy poco en común entre los cambios de política” que impulsaron el crecimiento, según Rodrik, lo cual indicaba que había muchas formas de crecer. Además, observando los países que ya eran ricos —muchos de Europa, Japón y Estados Unidos— se veía que “es posible terminar siendo muy rico” a pesar de las diferencias en materia de instituciones y políticas. Los países que se habían enriquecido más recientemente —los de Asia oriental en gran parte— habían “marchado a su propio ritmo y no son un ejemplo modélico del neoliberalismo. A los países de Asia oriental les habría ido mucho peor si se hubieran topado con algo como el Consenso de Washington. China habría estado en una situación mucho peor si no hubiera tenido ninguna otra alternativa que comenzar el proceso de crecimiento mediante un préstamo de ajuste estructural del Banco Mundial”.

Hoy, “el Consenso de Washington está esencialmente muerto”, dice Rodrik, “reemplazado por un enfoque mucho más humilde”, al reconocer que “necesitamos mucho menos consenso y mucha más experimentación”.

## La revolución ha terminado

Andrei Shleifer, un colega de Harvard de Rodrik, solía saludarlo en los corredores preguntándole, “¿cómo marcha la revolución?”. La respuesta puede haber planteado alguna duda cuando Rodrik comenzó su carrera en Harvard en 1985, pero, tres décadas después, es evidente que la revolución ganó.

Sus advertencias acerca de las desventajas del comercio y su capacidad de crear posibles divisiones de clases son hoy objeto

### Recuadro 2

#### Llegar a un diagnóstico correcto

Con los economistas Ricardo Hausmann y Andrés Velasco, Dani Rodrik propuso una metodología —diagnóstico de crecimiento— para ayudar a los países a decidir qué reformas deben adoptar para crecer. Como escribieron los tres en un artículo de *F&D* en marzo de 2006, los países deberían investigar un pequeño número de obstáculos limitantes para el crecimiento y concentrarse en superarlos, en lugar de encarar una “lista completa de reformas necesarias”. Aplicando su método a El Salvador, llegaron a la conclusión de que el obstáculo más limitante para el crecimiento no era un déficit de ahorros sino una “escasez de ideas”: los sectores tradicionales del país (algodón, café y azúcar) habían declinado, pero no habían surgido nuevas ideas para invertir en otros posibles sectores. Según aconsejaron, alentar un mayor espíritu de empresa y nuevas oportunidades de negocios debería ocupar “el centro de las estrategias de desarrollo [de El Salvador]”. La metodología del diagnóstico de crecimiento ha sido utilizada por el Banco Mundial y el FMI como un complemento para diseñar estrategias de crecimiento. Por ejemplo, al ser aplicada por el personal técnico del FMI al caso de Túnez en 2016, la metodología indicó que el principal obstáculo era la falta de “acceso al financiamiento”, no las restricciones de infraestructura o una escasez de capital humano.

de amplia aceptación. El profesor de Harvard y ex secretario del Tesoro de Estados Unidos Larry Summers escribió en abril de 2016 en el *Financial Times* que “la esencia de la rebelión contra la integración mundial no es la ignorancia. Es la sensación, no del todo injustificada, de que es un proyecto llevado a cabo por élites para élites, con escasa consideración de los intereses de las personas comunes”.

El enfoque cauteloso de Rodrik acerca de la globalización financiera es ahora ampliamente compartido, incluso en el FMI. Jonathan Ostry, un Director Adjunto del FMI que condujo la reciente investigación del organismo sobre los flujos de capital, afirma: “Que Dani pueda ahora mantener útiles conversaciones con el FMI acerca del diseño de los controles de capital es un tributo tanto a su persistencia como a la flexibilidad de la institución”.

Los ataques al Consenso de Washington han dado lugar a una mayor humildad en el asesoramiento sobre estrategias de crecimiento que ofrecen los organismos internacionales. Rodrik observó que el documento de 2013 del FMI sobre este tema es un “llamado a favor de un análisis y recetas contextuales que, en mi opinión, suena bastante bien”.

El mismo Rodrik parece haber adquirido un amor más profundo por la profesión que frecuentemente ha atacado. Después de dos años en el Instituto de Estudios Avanzados, donde sus colegas provenían de diversas ciencias sociales, decidió volver al redil. Su nuevo libro, *Economics Rules* —candidato a recibir el “premio al mejor libro” que otorga el *Financial Times*— les dice a los no economistas que “en la ciencia económica hay mucho que criticar, pero también mucho que apreciar”. ■

*Prakash Loungani es Jefe de División del Departamento de Estudios del FMI.*